le hubiera yo visto... Pero si no es más que por eso, yo te acompaño.

—Bueno, muchísimas gracias...

—No es para tanto, mujer... ¿Y tu madre?...

—No se atrevió á venir por causa del calor... Oyó misa temprano.

—Pues lo mismo hizo mamá: también tuvo miedo al calor que iba á hacer en la capilla... Y en efecto, le hacía bueno.

—Sí, sí: mucho calor hacía...

—Dame el libro—la dije cogiéndola el devocionario,—porque no te puedes arreglar bien con tantas cosas... el rosario... el abanico... la sombrilla...

—Muchas gracias,—volvió á decirme.

—Chica, siempre estás dando gracias... Verdad es que, como son tantas las que te sobran...

—¡Ay, qué florido está el tiempo!... Se conoce que te has acostumbrado este verano á echar flores...

—No es de este verano: es ya antigua en mí la costumbre de decir la verdad...

—¡Vamos!... ¡Y continúas!... Habrá que dejarte...

Iba yo muy satisfecho al lado de mi prima, pensando, no sin cierto orgullo, en que al vernos así solos por la calle podría creérsenos marido y mujer, y como lo pensaba, empecé á decírselo...

—¿Sabes, Isabel, que esto de acompañarte puede tener un inconveniente?...

—¿Cuál? ¿Me le quieres decir?...

—Que como á tí te han visto ya por aquí otros años con tu hermano y á mí no me conocen, pueden creer que te has casado y que soy tu marido, y puedes perder alguna proporción...

—¡Cá! no te aflija eso... ¿Quién se va á acordar de mí en esta tierra?... Ni falta... Lo que es por mí, déjales que crean lo que quieran... Lo malo es por tí, si acaso alguna persona que no sepa que somos parientes lo toma á mal y te pide cuentas...

—No tengo que dar á nadie cuentas de nada, más que á mi madre, que de esto seguramente no me las ha de pedir...

—No, eso ya sé que no; pero no me refiero á tu madre, sino á otra persona... Vale Dios que no nos verá...

—Te digo que no hay aquí nadie á quien pueda importar un comino todo lo que yo haga ó deje de hacer, y te aseguro que con esa otra persona á quien aludes no tengo nada absolutamente.

—¡Bueno! Ya vuelves á las andadas de negarlo todo. El que todo lo niega, todo lo confiesa...

Llegamos á la puerta de la casa donde vivía mi prima, y al ir á darla el devocionario, me dijo:

—¿No subes?...

—Bien: subiré un momento á ver tu madre... Ya que estoy aquí...

—Sí, sube un poco... Te lo agradecerá... La cuentas cómo ha estado la función, y el sermón en particular, que sentía mucho no poderle oir... porque yo, aunque se lo cuente, no sé explicar tan bien las cosas...

—Es claro... si no fueras modesta... no tendrías todas las virtudes.

—¡Ay, hijo! ¡Cómo estás hoy!...

—Hazme el favor...—la dije al pie de la escalera, ofreciéndola el brazo.

Me le cogió sin decir nada; y cuando habíamos subido ya tres ó cuatro escalones, me dijo:

—Ya casi no me atrevo á darte las gracias, no sea que te sirva de motivo para volver á echarme flores...

—No sé por qué te extraña tanto...

—Porque no lo hacías nunca, y hacías muy bien... Ahora puede ser que lo hagas por ensayarte para ocasiones más solemnes... ó acaso lo harás para disimular que me quieres algo menos que antes... Como es natural, y yo no me resiento por eso, pues ya se sabe que el amor hace disminuir el cariño á la familia, y, como dice el refrán, primero son los dientes que los parientes...

—¡Qué cosas discurres, Isabel!... Ni eso

que dices tiene fundamento, ni tiene nada de particular que yo te diga que eres hermosa ó que te sobran gracias... Te lo digo porque lo siento así.

—Pues aunque la sientas, que casi no lo puedo creer, porque no puedo creer que tengas tan mal gusto... pero aunque lo sientas, no debes decírmelo... Esas son cosas propias de enamorados.

—¿Y si supieras que estaba yo enamorado de tí, qué me dirías?...

—No tienes derecho á saberlo... ni á preguntarlo... Porque eso no se pregunta nunca así por pura curiosidad ó por gusto, sino solamente en caso necesario... A mi hermano, que suele contarme sus faenas de abogacía, creo haberle oído que para pedir indulto hay que estar preso, y que nunca se concede esa gracia sino al que la pide desde la cárcel...

Herido por el discreto desdén de mi prima, hubiera de seguro comenzado á hacerla declaraciones fervorosas de amor, si no fuera que cuando acabó de pronunciar las últimas palabras, estábamos ya delante de mi tía, que nos había visto llegar y había salido á esperarnos al pasillo.

—No pareció por allí Pepe—dijo Isabel, después de dar un beso á su madre, que inmediatamente se le pagó doble,—y eso que me dijo que volvía por mí... Gracias

que me vió Alvaro, y ha sido tan amable que me ha acompañado...

—Y ya que había llegado á la puerta—añadí yo,—he subido á ver cómo había usted pasado la noche.

—Bien, hijo, perfectamente—me contestó mi tía.—Esta temporada estoy muy buena, gracias á Dios. ¿Y tu madre?...

—Buena también.

Me detuve poco. En cuanto informé brevemente á mi tía de lo brillante que había estado la función religiosa, de cómo había sido el sermón y lo mucho que me había gustado, alabándola de paso su buen acuerdo, igual que el de mi madre de quedarse en casa, porque no hubieran podido resistir el calor, me despedí para irme á comer, porque era ya más de mediodía...

Por la tarde, en cuanto la gente acabó de comer, se armó el baile en la plazuela de la Santa y en las calles afluentes y en la carretera y en todas partes; baile universal, animado, vertiginoso, como yo no había visto nunca. La banda de música, traída de la capital de la provincia, se colocó en una elegante tribuna, construída al efecto á la entrada de la plazuela, y desde allí tocaba polkas y walses y rigodones y jotas, que bailaba democráticamente todo el mundo. Como la banda no podía estar tocando siempre, cuando concluía una pieza y se

paraba un rato á descansar, la gente bailarina se agarraba de manos, formaba corros y bailaba giraldillas para no perder tiempo.

Desde un balcón de la fonda contemplaba yo con mi madre aquel bullicio, aquella animación, aquel verdadero delirio, cuando aparecieron allí debajo la mejicana y las amigas que estaban con ella en la romería de Santa Marina, acompañadas de cuatro ó cinco pisaverdes, y se pusieron á bailar en la carretera tan campantes. Traía Payito el mismo traje de aldeana de la tarde anterior, con el cual me parecía cada vez más hermosa. Mi primer impulso fué bajar á hablarla... y á bailar con ella, porque una vez abajo, ya no habría más remedio que bailar; pero resistí un buen rato la tentación, recordando los propósitos formados la noche anterior al acostarme y renovados aquella misma mañana en la capilla, y pensando además que si bajaba y me ponía á bailar con Amparo y andaba toda la tarde alredor de ella, lo cual, en dando el primer paso, era inevitable, me había de ver mi prima, y habiéndola yo negado tan en redondo y tan formalmente dos horas antes mi afición á la mejicana, iba á tener de mi formalidad, en lo sucesivo, una idea muy triste.

No: lo mejor era estarme allí con mi madre...

Pero yo no podía hacer lo mejor teniendo á la vista aquella mujer fascinadora, y no lo hice.

Con el pretexto de saludar á un condiscípulo á quien había distinguido entre el barullo, bajé á la carretera, y sin darme cuenta de lo que hacía, me encontré muy cerca de donde Amparo bailaba una polka con un joven santanderino. Cuando la música concluyó de tocar, Amparo y sus amigas y sus acompañantes formaron un corro muy reducido, pues no permitía otra cosa la grande aglomeración de gente, y bailaron giraldillas. Estuve un ratö viéndolos desde afuera, hasta que una vez pasó Amparo por mi lado mirándome, y al hacerla un ceremonioso saludo, me dijo:

—¿Hoy no baila usted?

—De buena gana—la respondí;—pero casi no hay dónde.

—Yo le haré á usted sitio—dijo soltando la mano de otra señorita que iba á su derecha, y añadió mostrándome el espacio que entre las dos quedaba:—si le gusta á usted éste...

—Muchísimo—la dije,—y un millón de gracias... No hay otro que me guste tanto.

—Hay autores que no son de esa opinión.

—Pues yerran esos autores: créalo usted...

—Lo que yo creía hace un instante, viéndole á usted tan mustio entre tanta gente alegre y alborotada, era que le habrían prohibido á usted bailar.

—¡Qué ocurrencia!... ¡Ya ve usted que no!... ¿Quién había de prohibírmelo?

—¡Ah! eso usted sabrá si hay alguien que pueda...

—Nadie... No siendo usted...

—¿Yo?... ¡Pobre de mí!...

En esto la sacaron á bailar, cortándonos la conversación precisamente en los momentos en que iba tomando carácter peligroso.

Cuando Payito, después de bailar con el que la había sacado, se quedó dentro del corro, habló al oído con una de las amigas que le formaban, la cual inició en seguida este cantar, que cantaron con ella la misma Amparo y todos los demás que le sabían:

Amores he tenido,
Y amores tengo; (*Bis.*)
Y á ninguno he querido,
Y á tí te quiero. (*Bis.*)

Al mismo tiempo que cantaba de segunda vez muy recalcado el «á tí te quiero» abrió Payito graciosamente los brazos delante de mí en ademán de bailar, y haciendo con las yemas de los dedos ese sonido especial semejante al de las castañuelas,

me indicó que bailara. Así lo hice, trastornado de emoción, embriagado de gozo, loco de contento.

¿Era intencionado el cantar? ¿Se le había inspirado Payito á la amiga que empezó á cantarle? ¿Había sido para eso el cuchicheo con ella?... Indudablemete. A lo menos á mí me parecía muy claro.

Y excuso decirte que desde aquel instante se desvanecieron mis recientes propósitos de huir de la mejicana y de dedicarme exclusivamente á mi prima, de la cual no volví á acordarme en toda la tarde más que si no existiera ó si yo no la hubiera visto nunca.

Después de bailar muchas veces con Payito y de estar mucho á su lado en el corro, aunque sin haber vuelto á tener ocasión de hablarla tan á gusto como al principio, ya cerca del oscurecer se organizó la danza prima, y allá me metí á formar un anillo más en aquella inmensa solitaria que se extendía ondulosa por todas las calles de la villa, cogido de una mano de Amparo y de otra de una amiga suya, braceando y cantando como un asturiano auténtico:

¡La Magdalena!
¡Válgame nuestra señora,
Válgame la Magdalena!

V otras veces:

Con estas fiestas
Celebramos vuestro día
¡Oh bendita Magdalena!

Cuando iba siendo ya hora de cenar, ó hablándote con toda franqueza, cuando se retiró la mejicana, me retiré yo también á la fonda, y figúrate cómo me quedaría al encontrarme allí con mi prima, con la pobre Isabel, que desde poco después de haberme marchado yo había estado allí haciendo compañía á mi madre.

La hablé en el tono llano y afectuoso de siempre, y me contestó también muy cariñosa, pero algo triste. ¿Me habría estado viendo?... Me lo temí entonces: después lo supe de seguro. Y no sólo había estado viéndome bailar como un loco en mitad de la carretera con Payito y andar toda la tarde al lado de ella como cosido á pespunte, sino que la habían contado nuestro conocimiento y nuestra relación con todos sus pelos y señales, y aun con algunos más probablemente.

Como la casa donde se alojaba mi tía con sus hijos estaba fuera del centro de la villa, en la salida del poniente, la familia del Conde de la Riega, que vivía en la calle principal, cerca de la plaza, había enviado á buscar á mi prima para que viera desde allí el baile y la danza y todo el popular regocijo. Allí estaba, entre otras varias per-

sonas forasteras, un estudiante de Trascumbres, el cual, oyendo á una señorita preguntar quién era yo, empezó á darla explicaciones haciéndose muy enterado:

—¡Ah! ese joven es el Conde de Villamoros, que está ahí en La Blanca, en la fonda del Espinadal, con su madre. Le conozco mucho de Madrid. Su madre es una señora muy buena, una santa. Y él también es bueno. Ahora se ha enamorado perdidamente de esa señorita vestida de aldeana con quien acaba de bailar, que es una americana muy rica y muy guapa... Y ella creo que le corresponde... Se han conocido ahí en la playa, donde todos los días están de plática largos ratos antes y después de bañarse. Y aun durante el baño también, porque como los dos son buenos nadadores, se van allá muy adentro y vuelven hablando... El día de Santa Marina fueron á la romería de la Pruneda, y toda la tarde estuvieron bailando juntos... Y esta tarde, ya lo ve usted: ella le hizo sitio á su lado en el corro y no se separan... Según me han dicho unas parientas mías que la tratan á ella, parece que se casarán á la entrada del invierno...

Mi prima, que oyó desde el principio la relación del estudiante, se hizo la desentendida, como si no me conociera, para que aquél se expresara con libertad, y así fué

que se enteró de todo, de lo exacto y de lo añadido.

Después, suponiendo que mi madre estaría sola, puesto que yo andaba por la calle, manifestó á los Condes su deseo de irse á hacerla compañía, y fué el mismo Conde á llevarla á la fonda, donde efectivamente encontró sola á mi madre, y pasó con ella el resto de la tarde y parte de la noche. Luego de haber llegado yo, llegó también su hermano á buscarla. Isabel se despidió cariñosamente de mi madre y de mí, y se fué con su hermano.

Es muy buena la pobre Isabel, muy buena. La certeza de mi desvío, el descubrimiento de mi falta de sinceridad, la convicción de que era exacto aquello que yo me obstinaba en negarla, no habían despertado en su corazón bondadoso y dulce ni una chispa de odio, ni el más pequeño asomo de enemistad, ni siquiera un poco de despego: no la habían producido más que tristeza.